La arboleda perdida

El impulso, tantas veces comentado, que siente el lector al acabar un libro que le ha proporcionados distintas e intensas emociones de conocer a su autor y hablar con él como si fuera un cómplice, es el que sentí después de la primera lectura de *La arboleda perdida*. Y también esa sensación agridulce de melancolía que dejan los placeres irrecuperables. Es tan escaso el número de libros que uno va leyendo con temor de que terminen, viendo con tristeza cómo el grosor de las páginas leídas es cada vez mayor que el de las que quedan por leer, que sigue avanzando por él con mayor lentitud: relee un capítulo que recuerda con especial viveza, cuenta las páginas en las que aún se esconde la sorpresa, mide el poco tiempo que queda de admiración y el mucho antes de encontrar otro libro que nos lleve a parecida experiencia. Nos gustaría que no terminara o borrar de nuestra memoria lo leído para volver a experimentar, fresca y nueva, la emoción que ya no es posible con idéntica intensidad en sucesivas lecturas.

Cuando terminé, como digo, la primera lectura de *La arboleda perdida*, cerré el libro, estuve un rato silencioso y pensativo y le di paso, como siempre que ella lo pide, a la melancolía.

No era posible para mí entonces hablar con Rafael Alberti. El vivía aún en Roma y yo en mi aislamiento jerezano, y lo veía como a un ser altísimo e inaccesible al que no me atreví siquiera a escribir una carta para hacerle saber aquellas sensaciones.

No tardó mucho en volver a España y yo en ir a verle, desde lejos, en sus apariciones públicas en Jerez y pueblos cercanos. Iba como el que ha de contemplar la aparición rediviva de un personaje que, contra toda previsión, se había salido de los libros de la historia de la literatura y de la historia de nuestro país. Era una transgresión milagrosa el que no hubieran podido con él guerra civil ni la mundial, ni el avión de Orán, ni ningún naufragio de los lentos barcos del exilio, ni el peregrinaje de tantos años. Ni siquiera, con tanto perdido, lo había derrotado la nostalgia. Mientras contemplaba su figura, me admiraba lo que habían podido ver aquellos ojos, lo que había vivido y sentido aquel fuerte y joven corazón desde su infancia gozosa y triste en su perdida arboleda.

Después le conocí personalmente en Sevilla con motivo de no sé qué encuentro literario, y tuve entonces la ocasión de decirle lo que años antes no me había atrevido ni por escrito: la emoción que había sentido con su libro de recuerdos.

—Tú debías haber sido torero —me dijo—. El toro es noble y menos peligroso que la literatura.

Ya era tarde. Aunque hubiera conocido a Alberti muchos años antes, no creo que mis inclinaciones hubieran ido por esos ruedos. Ya sabía yo que el destino es ligeramente modificable.

Luego volví a encontrarme con él días después del fallido golpe de estado de 1981. Me interesaba mucho conocer su opinión sobre aquel disparate que tan mala imagen dio de nuestro país en todo el mundo, como hombre que había vivido situaciones peligrosas, estremecedoras y terribles.

—¡Ah, nada! —comentó—. Dentro de poco los condecoran.

Como realmente sucedió según pudimos leer en los periódicos algún tiempo después, dejando bastante desairado al responsable del ministerio que entendía de esas medallas y que tuvo que revocar la orden.

La verdad es que no habían cambiado mucho las cosas en el ambiente de una ciudad provinciana desde la infancia de Alberti. En cualquier país razonable, la primera parte de *La arboleda perdida* sería un interesantísimo documento para conocer la vida social y cultural de aquellos años, pero los que vivíamos aquí sabíamos que todo, con ligeros matices, seguía igual. Las academias, los ateneos, los actos culturales públicos estaban

hechos por los herederos mentales de los lejanos y adorables tíos que Alberti nos describe en su libro, con las mismas «admirables virtudes, ignorancias, gracias y manías». Todavía se ridiculizaba a Picasso entre los *cultos* de la zona y se preferían, sin dudar, las sonrosadas aldeanas rodeadas de gallinas de Eugenio Hermoso; todavía se quería quitar a la generación de Alberti el derecho a la añoranza y el reconocimiento de sus escritos presentándola como de malos españoles, en un exilio de oro, famosa por sus actividades políticas y no por sus obras. Ni siquiera a los muertos se les había perdonado en esos cenáculos pueblerinos donde los *putrefactos* habían sobrevivido satisfechos de su ignorancia y ya perdido el sentido del ridículo, como reserva encastillada de una fauna antediluviana. Y todavía se confiaba en un salvador y visionario golpe de Estado que hiciera posible el que no se moviera nada por los siglos de los siglos hasta conseguir una sociedad de necios.

Por eso la lectura de *La arboleda perdida* no fue la de un libro que me hablara de un mundo extinguido. No para mí. A veces, en esos instantes que preceden al sueño, me veo avanzando por un camino de chumberas bajo los violentos azules, entre los blancos de la tierra de albariza y los verdes brillantes de los viñedos. Y percibo los olores y los sabores de mi infancia gozosa y triste, el rumor de los aburridos rosarios, el comentario resignado y cariñoso de «este niño nos ha salido rana». Todo es tan nítido y tan vivo que me sobresaltó. Y me invade la nostalgia como una tristeza suave, pero la lectura de *La arboleda perdida* ha impedido que termine, como a veces temo, enfermo de melancolía.

Francisco Bejarano

Noche de guerra en el Museo del Prado

Noche de guerra en el Museo del Prado no es sólo una de las piezas dramáticas más significativas dentro de la trayectoria teatral de Rafael Alberti, sino que me atrevería a afirmar que esta obra es, en realidad, el ejemplo más logrado y sintomático de la fusión de las tres vertientes o inquietudes artísticas que han estado presentes siempre en la configuración y trayectoria de la obra albertiana.

Efectivamente, la obra, desde su subtítulo, se define como «aguafuerte» con una clara vocación pictórica. Y como autor de esos aguafuertes, con una vocación que no es solamente plástica *sensu estricto* —como veremos, se escoge a Goya—. Desde el primer momento, desde el título mismo, la imagen parece presidirlo todo y, efectivamente, la obra estructura su dramaturgia intentando crear una verdadera orgía de imágenes, pero imágenes cargadas de síntomas, es decir, atravesadas por la lanza de la historia. Diversos críticos han querido ver en esa cualidad de aguafuerte perpetrado por Goya una cierta herencia u homenaje hacia los esperpentos de Valle. Y, efectivamente, el elenco que Alberti hace desfilar por los salones del Museo del Prado nos recuerda muy precisamente a una realidad deformada por un espejo cóncavo o convexo. No obstante, pienso que Alberti no recorrió el Callejón del Gato, sencillamente porque no le hacía falta. ¿Qué mayor espejo deformante de la rea-